

sumacion de los siglos (1). Segun la promesa del Profeta, yo enviaré mi espíritu y se renovará la faz de la tierra (2).

Cumplieron los Apóstoles el precepto de su maestro, predicaron el Evangelio, y la faz de la tierra se renovó, del modo más completo y admirable. ¿Y quiénes eran los Apóstoles, y de qué medios disponian? No tenían la fuerza que oprime y somete: eran pocos, eran pobres. Jesucristo les habia dicho: «El Hijo del hombre no ha venido á mandar y exigir servicios, sino á servir (3); así vosotros no querais dominar, sino servir á todos.» (4) Tampoco poseian la ciencia. La ciencia jamás fundó una sociedad, ni jamás fué bastante á restituirle el equilibrio perdido (5). Los Apóstoles carecian de ella, eran hombres rudos y groseros. San Pablo, que la habia adquirido, la despreciaba cuando ejercia las funciones de Apóstol (6). Es que no iban á discutir, sino á enseñar; á presentar á vista de los pueblos á Jesucristo, y decirles: Si quereis ser felices, copiad en vosotros este divino modelo. «Predicamos, decia San Pablo, á Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero virtud y sabiduría de Dios para los llamados á la fe (7); y nos preciamos de no saber otra cosa que á Cristo crucificado.» (8) Oyó el mundo esta palabra, contempló este modelo, recibió en su seno esta semilla, y el pequeño grano de mostaza se convirtió en árbol fron-

(1) Matth. XXVIII, 20.

(2) Psalm. CIII, 30.

(3) Matth. XX, 28.

(4) Id. 26.

(5) *Balmes.*

(6) I Cor. I, 17. — II, 1 et seq.

(7) Id. I, 23.

(8) Id. II, 2.

doso para cobijar bajo de sus ramas á todo el género humano (1).

¿Qué hay, pues, en Jesucristo? ¿Qué hay en el Evangelio, que tan poderosamente ha obrado la regeneracion social, el engrandecimiento de la sociedad moderna sobre la antigua? Veámoslo, Señores, si os place escucharne.

## SEGUNDA PARTE.

He dicho, hermanos míos, que en su misericordioso designio de regenerar y engrandecer á la sociedad, llevando á su seno un principio fecundo de vida y de felicidad, Jesucristo se propuso obrar sobre el individuo, sobre el elemento más simple de aquella, para que su accion fuese tanto más fecunda, cuanto más natural, y más directa, por así decirlo, sobre el corazon y las entrañas de la sociedad. Para ello enseña al hombre la verdad, le conduce á la santidad. Le enseña la verdad, le da la ciencia de Dios, verdad infinita é inmutable, cuyo conocimiento constituye la vida eterna, en frase del mismo Jesucristo (2); porque descubre al hombre el origen de todas las cosas y las relaciones que las unen entre sí. Le enseña la verdad dándole la ciencia del hombre, mostrándole su origen y su destino, que le hacen conocer su grandeza y sus deberes. «En tu origen, le dice, eres la obra de Dios, la imágen de Dios; en tu destino,

(1) Matth. XIII, 31, 32.

(2) Joann. XVII, 3.

el heredero de la gloria de Dios. Debes, pues, corresponder á tu origen, hacerte digno de tu destino.» Para que llegue á este término le conduce á la santidad. El fin del Evangelio, el noble fin del Catolicismo, es hacer al hombre santo. La santidad es la perfeccion, y la perfeccion es la plenitud del bien y de la vida, de que es capaz el hombre; es el resultado del orden ó de la conservacion de las relaciones que le unen con Dios y con los demás séres. Estas relaciones nacen de la naturaleza misma de Dios y del hombre. Dios es caridad, y el hombre, que es imágen de Dios, para estar unido con él, ha de vivir de la caridad (1). Ella es el lazo de union entre el Criador y la criatura, y por lo mismo la que comunica al hombre la vida de Dios, que es su legítimo término. Por ello dice: «Ama á tu Dios con todo el corazon, con toda el alma, con todas las fuerzas de su sér.» (2) Aspira á Dios, acércate á él, elévate hasta él, únete con él.

Del mismo modo establece las relaciones que deben unirle con los demás hombres. «Ama á tu prójimo como á ti mismo (3); es decir, mírale como otro tú, porque como tú es imágen de Dios, es como tú hijo del mismo Padre, que es Dios; y como si esto fuera lo único que se propuso en su venida al mundo, dice Jesucristo: «Esta es mi ley, este mi precepto, que os ameis mutuamente como yo os he amado.» (4) ¡Qué doctrina tan admirable, Señores! Con razon dice Jesucristo, que es un precepto nuevo (5), porque la filosofía pagana no supo encontrar-

- (1) I Joann. IV, 16.  
 (2) Matth. XXII, 37.  
 (3) Id. id., 39.  
 (4) Joann. XV, 12.  
 (5) Id. XIII, 34.

lo. La caridad era propiedad de Dios, y el hombre por sí mismo jamás llega á lo que es propio de Dios.

Hé aquí el gran secreto de la regeneracion: hé aquí la semilla que, sembrada en el corazon y germinando vigorosa, debia producir y produjo los suavísimos frutos de la civilizacion cristiana. Iluminado el hombre por esta doctrina que le ofrece á Dios por término de sus aspiraciones, se esfuerza incesantemente para hacerse digno de él elevándose á la perfeccion, y cumple, por lo mismo, sus grandes deberes. Ama á Dios, y el amor que se alimenta del sacrificio, le hace renunciarse á sí mismo, y á cuanto le rodea, para darse á Dios y unirse á él. No debe hoy ocuparnos este sacrificio ni esta union. Ama á sus semejantes, y este amor, expresado y alimentado tambien con el sacrificio, le hace todo para todos, para darse y unirse á todos. Mira á tu prójimo como á otro tú mismo, le repite la Religion á cada momento: no le consideres como un Dios, ante quien debes arrastrarte, ni como un esclavo á quien puedas oprimir: estos extremos formaban el vicio de la sociedad antigua. No le mires como un obstáculo que debas destruir, ni como un instrumento que puedas explotar: esto es propio del egoismo. Cualquiera que sea su estado, su edad, su sexo, es igual á ti en el origen y en el destino: no atiendas á sus defectos para despreciarle, ni á sus sentimientos para aborrecerle, ni á su debilidad para oprimirle; mira en él al hombre, á la imágen de Dios, al Hijo de Dios, y respétale, porque vale tanto como tú; ámale, porque es hijo de tu mismo Padre: es tu hermano.

¡Qué lazo tan estrecho para la union social! ¡Qué doctrina, hermanos míos! Segun ella, los hombres todos son la gran familia del Criador, los cristianos la familia adoptada por los méritos del Redentor. Todos sois hermanos, miembros de un mismo cuerpo. El interés de

todos es el mismo: igual la suerte á que Dios os llama. Amaos, pues, mutuamente. Procurad el interés comun; no hagais á otros lo que no querais que se os haga á vosotros (1). Sois un cuerpo, sed un espíritu, puesto que es una la esperanza de vuestra vocacion (2). Amaos, en fin, como Dios os ama. Este es vuestro gran deber: este es mi precepto, dice Jesucristo. ¿Y qué más se necesita, Señores?

Desde que Jesucristo dijo al hombre: «Aspira á la perfeccion, hazte santo para llegar al reino de los cielos, y para ello hazte violencia (3), renúnciate á ti mismo (4); en una palabra, cumple tus deberes, ama á Dios, ama á tu prójimo;» su palabra y su ejemplo, encontrando eco en los corazones, principiaron á formar una sociedad nueva en medio de la sociedad antigua. Los cristianos, uniformes en sus ideas acerca de Dios y del hombre, que forman la verdadera sabiduría, y animados de iguales sentimientos con relacion á Dios, á sí mismos, á sus prójimos, y á cuanto existe sobre la tierra, los publican con las mismas acciones, que siendo el cumplimiento de sus deberes, forman luego sus costumbres y su carácter propio en todas partes. Desde este momento, bajo la autoridad de un mismo Prefecto y de un mismo Tribuno, aparecen frente á frente dos sociedades, ó dos partes de la sociedad comun, totalmente distintas en el espíritu que las anima, y en las costumbres que las caracterizan. La sociedad pagana, compuesta de una pequeña parte de ciudadanos y señores, y una multitud inmensa de esclavos tratados como bestias. Su aspiracion,

(1) Tob. IV, 16.

(2) Ephes. IV, 4.

(3) Matth. XI, 12.

(4) Id. XVI, 24.

la riqueza, el goce, la dominacion; su carácter, el orgullo, el egoismo, la crueldad; sus costumbres, la disolucion, el libertinaje, la corrupcion; sus placeres el circo, el anfiteatro con sus luchas de fieras y matanza de hombres. Sus leyes fautoras de todos estos males, autorizando la tiranía del señor sobre el pobre esclavo, del padre sobre el hijo, y del marido sobre la esposa, y negando todo derecho al esclavo y al pobre. Su filosofía, su religion, su culto.... ¡Ah! apartemos, Señores, la vista de un cuadro que nos parecería horriblemente absurdo, si los mismos historiadores y filósofos del paganismo no lo hubiesen delineado.

Fijémonos en la otra parte de la sociedad, renovada ya por el espíritu de Cristo. Son los cristianos, sociedad compuesta de hermanos que se aman, bien se llamen señores, bien siervos, ya sean ricos, ya pobres, se consideran iguales delante de Dios, como miembros de un mismo cuerpo (1). Su aspiracion, la paz, la union, la virtud, la perfeccion, ser imitadores de Cristo en la tierra, para ser sus coherederos en el cielo. Su carácter, la humildad, la mansedumbre, la fidelidad, la abnegacion, la caridad. Sus costumbres, la dulzura, la pureza, la santidad. Sus placeres, sus diversiones, visitar al pobre, llevar el consuelo al desgraciado, hacer bien á todos. Su ley, amarse mutuamente, respetar al superior, obedecer, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios (2).

¡Qué contraste, hermanos! ¿Y es posible haberse formado esta sociedad nueva con los elementos mismos de la antigua? Es mas que posible; es un hecho, y hecho fácil, porque sabemos que el corazón del hombre está en

(1) Rom. XII, 4, 5.

(2) Matth. XXII, 21.

las manos de Dios (1). Sobre campo cubierto de huesos secos y dispersos, manda Dios al Profeta que levante la voz y llame sobre ellos al espíritu, y al punto se levanta ejército formidable (2). Así, sobre la sociedad antigua, campo de huesos y de corrupcion, el Hijo del hombre levanta su voz, envía su espíritu, y reviven los que estaban muertos, y se forma pueblo nuevo de vigor admirable.

Ese pueblo nuevo es la levadura que ha de sazonar toda la masa de la sociedad. En vano se le opone resistencia, y se emplea toda la crueldad del espíritu pagano para acabar con ella. Los cristianos son invencibles. El cristianismo, dice Balmes, grabó en el corazón del hombre, que el individuo tiene deberes que cumplir, aun cuando se levante contra él el mundo entero; que él tiene un destino inmenso que llenar, y que es para él un negocio propio, cuya responsabilidad pesa sobre su libre albedrío (3), y repitiendo la palabra de San Pedro, «primero es obedecer á Dios que á los hombres (4),» camina impávido á la muerte, diciendo como el apologista San Justino: «Como no tenemos puesta la esperanza en las cosas presentes, despreciamos á los matadores.» (5) En vano se les hace morir á millares: ni uno solo, dice Tertuliano, muere por ladrón, ni asesino, ni seductor de la inocencia; muere por ser cristiano (6). Es lo que San Pedro

(1) Prov. XVI, 19.—XXI, 1.

(2) Ezech. XXXVII.

(3) Balmes, Protestantismo, cap. 23.

(4) Act. Ap. V, 29.

(5) *S. Justin.*, Apolog. pro Christian. ad Antonin.

(6) Tot a vobis nocentes variis criminum elogiis recensentur.... ¿Quis ex illis etiam Christianus adscribitur? Aut cum Christiani pro titulo offeruntur, ¿quis ex illis etiam talis, quales tot nocentes de vestris semper æstuat carcer.....? Nemo illic Christianus, nisi plane tantum Christianus. (*Tertullian.*, Apolog. c. 50.)

les habia inculcado en su carta: «Ninguno de vosotros padezca por ser homicida, ni ladrón, ó maldiciente, ó envidioso de lo ajeno. Si padece por ser cristiano, no se avergüence, sino que glorifique á Dios en este nombre (1). Esta es su gloria, y por ello la sangre de los cristianos es semilla de cristianos, añade el mismo Tertuliano (2). Es decir, de tal manera sorprende y admira aun á los paganos el heroísmo de esos hombres; de tal manera les hiere su humildad, su pureza, su abnegación, su caridad, que se ven precisados á dar testimonio de su virtud. «Ved cómo se aman,» decían, y cómo en vez de perseguirse y oprimirse mutuamente, están dispuestos á morir unos por otros. Arrebatados á vista de tal espectáculo y de sus grandes consecuencias, abrazan el cristianismo. Hasta los que resisten, se sienten dominados por su espíritu: la sávia divina se inculca en el viejo tronco, y aun antes de hacerse cristiana toda la sociedad, las leyes, y la filosofía, y las costumbres, llevan ya el sello del cristianismo y de la vida nueva. Renovado el hombre, se regenera la familia, y la sociedad entera, avergonzada de sí misma, se arroja en brazos de Jesucristo, que le comunica su espíritu y la regenera amoldándola al Evangelio.

El Evangelio es la luz del individuo, la regla de la familia y la ley de la sociedad: ley del que manda y del que obedece, ley del que goza y del que sufre, ley de todos y de todo tiempo, que ha creado, dice Balmes, una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y de equidad, y de senti-

(1) I Petri IV, 15, 16.

(2) Plures efficimur, quoties metimur a vobis. Semen est sanguis christianorum. (*Tertull.*, Apolog., cap. 50.)

mientos de pundonor y de decoro: conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaro de la corrupcion llegue al exceso de los antiguos (1).

Tal es, Señores, la obra social de Jesucristo. Tal es el resultado de su doctrina, que enseña al hombre á buscar la felicidad, no en la satisfaccion de las pasiones y en el sacrificio de sus semejantes, sino en la virtud, en Dios y en el sacrificio de sí mismo; doctrina que le enseña á no mirar á sus semejantes como instrumentos ú obstáculos para sus fines, sino como hermanos en su origen y en su destino; doctrina, en fin, que arranca de su corazon el frio egoismo, y pone en su lugar la ardiente caridad, que busca siempre derramarse, comunicarse, porque su vida está en la difusion de sí misma. Esta doctrina acaba con las distinciones de raza, de nacion, de condicion, que el egoismo pagano introdujera. Ya no hay, dice San Pablo, ya no hay judío, ni griego, ni esclavo, ni libre, ni grande, ni pequeño, sino que todos sois una misma cosa en Jesucristo (2). Sois el hombre, la imágen de Dios. Al eco de esta palabra, las naciones se unen, la esclavitud empieza á desaparecer, y desde luego se suaviza; la mujer recobra su hermoso título de compañera, de auxiliar del hombre; el débil y el pequeño se ven honrados y respetados; la caridad lo acerca todo, lo estrecha, lo enlaza todo, porque la caridad es el órden, la union, la unidad, el lazo de perfeccion, la base sólida de la felicidad (3).

Pudiera, hermanos, probar con la historia en la mano esa accion benéfica del Catolicismo, despues de

(1) *Balmes*, el Protestantismo, cap. 20.

(2) Gal. III, 28.

(3) Coloss. III, 14.

desenvolver su doctrina social; pero el tiempo no lo permite hoy. Fuerza es que dejemos para otro dia el examen de esa doctrina social católica, y los beneficios que le debe el mundo.

Al concluir hoy, rindamos tributo de admiracion á la sabiduría de Dios en la restauracion del universo por el inefable misterio de Jesucristo. Bendigámosle con el Apóstol, porque escogió lo que era insensato segun el mundo, para confundir á los sábios; lo que era débil segun el mundo, para confundir á los fuertes; lo vil y lo despreciable, lo que no era, para destruir lo que era, á fin de que ningun hombre se gloríe delante de Dios (1). A él solo la gloria, porque suya es la obra: á nosotros, hermanos míos, la vida, porque ese es el fruto de su obra, y esa vida por la caridad, que es su inagotable manantial. Amemos á Dios, aspirando á él con todas nuestras fuerzas; amemos á nuestros hermanos hasta sacrificarnos por ellos. De este modo se manifestará en nosotros la vida de Jesus, mientras estamos en esta carne mortal (2), y la gloria de Jesus cuando seamos revestidos de la inmortalidad, para vivir y reinar con él en los siglos de los siglos.

(1) I Cor. I, 27, 29.

(2) II Cor. IV, 11.